

El premio Pulitzer William Finnegan escribe 'Años salvajes', una biografía de aventuras y pasión por el surf donde caben decenas de mares surcados a lo largo del tiempo

## Relato de una vida que cabalga entre las olas

JACINTO ANTÓN, Barcelona  
 “Las olas eran el campo de juego, pero también la finalidad, la meta. El objeto de tus deseos y de tu adoración más profunda. Y al mismo tiempo eran tu adversario, tu némesis, incluso tu enemigo mortal. El surf era tu refugio, tu escondite feliz, pero también era un entorno hostil, y un mundo indiferente y siempre dinámico”. Lo cuenta William Finnegan en la que se publicita como la mejor obra sobre surf que se haya escrito nunca: sus memorias *Años salvajes* (Asteroide, 2016), con las que el célebre periodista del *New Yorker* ganó el último Pulitzer de biografía en 2016. Finnegan (New York, 1952), un hombre robusto y de mirada recta que conserva en su cuerpo maduro la solidez que da haberse enfrentado medio siglo al indómito y terrorífico poder del mar, ha escrito un libro de raro lirismo (el minué de las siluetas de los surfistas, subiendo y bajando en el contraluz del crepúsculo) y centelleante aventura.

En *Años salvajes* recorrer su vida desde niño en paralelo a su surfear de las olas, en una metáfora tan transparente como hermosa. Olas en diferentes partes del mundo, verdaderos santuarios de la plancha —de Honolulu a Malibú, de México a las Fiji, de Bali a Australia, Sudáfrica, Madeira: también es un libro de viajes—, en distintas etapas de la vida; momentos de gracia pura sobre la espuma, de euforia en los azulísimos vientres tubulares y de desorientación y peligro en el seno oscuro de las aguas.

Técnicas de surf, tipos de tablas, terminología o historia del deporte se mezclan con el amor y la amistad, el éxito y el desengaño, las derrotas y las humillaciones, la masturbación (sobre la tabla!), la vida del trotamundos, la escritura, el sexo a espuestas e incluso un aborto de una novia. Más tarde, el periodismo, la literatura, el éxito, pero siempre las olas. El libro arranca con la llegada a Hawái de la familia, el acoso escolar del chico *haole*, blanquito,

su reequilibrio en la tabla de la vida gracias a las amistades del mar, y su progresivo deslizarse hacia la madurez en unos EE UU tan cambiantes como él. California, y luego el resto del mundo...

“Surfear es una inmersión, literal y metafórica en un mundo muy diferente del rodeado de tierra”, dice Finnegan. “Puede ser extremadamente hermoso, cambiante, atemorizador, frustrante, relajante, o una gran diversión, dependiendo del día. El éxtasis y la felicidad profundos pueden darse, pero son raros en el surf, como en la vida. La experiencia más común es una especie de extenuante meditación física y finalmente una profunda calma”.

¿Es el surf un modo de vida, una filosofía? “Diferentes perso-

nas surfear, algunos inclinados a lo espiritual, la mayoría no. Para surfear solo de forma competente se requieren años de práctica que implica cierta filosofía del ser, centrada más en vivir el momento que en planear y esforzarse para lograr el éxito mundano. Hay también un grado de renuncia en la vida del surf: gastar tantas horas haciendo algo tan inútil e improductivo es toda una declaración sobre las expectativas sociales, la responsabilidad y los valores económicos. El surf es una excelente vocación para anarquistas”.

“Gastar tantas horas con algo inútil es una declaración sobre las expectativas sociales”

¿Y qué hay del miedo? ¿Cómo se vence? ¿Cómo se desliza uno con él y sobre él? “Surfear requiere superar el más que fundado miedo al océano y aprender lo más posible acerca del mar y su

poder, y los límites propios. De niño, tu fuerza y habilidad se van incrementando con la experiencia, y lugares de surf que antes eran terroríficos pueden volverse satisfactorias olas para cabalgar. En la madurez, lo opuesto puede ocurrir: olas que cabalgabas bien se vuelven rápidas y difíciles, y su violencia más intimidatoria. La experiencia más intensa está siempre adyacente al desastre”.

Hay gente que vive peligrosamente y encuentra paz surfando grandes olas. “Yo me retiré de la labor de corresponsal de guerra en 2001 cuando nació mi hija, pero aún trabajo en lugares complicados. Acabo de regresar de Venezuela y he estado recientemente en áreas de México controladas por los cárteles de la droga. Prepararte para esos viajes es un poco, químicamente, como prepararte para ciertos viajes de surf. Reconozco sentimientos de ciertos intensos días de reportero”.

Finnegan no cree que el surf esté muriendo en manos de las casas comerciales, aunque considera que su interés por promocionarlo y popularizarlo es malo para los surfistas. “El mayor problema es la masificación. El surf es demasiado popular. Los lugares masificados son peligrosos y deprimentes. Su inclusión en los Juegos Olímpicos es un fiasco. La competición es absolutamente marginal para la experiencia del 99% de los surfistas. Para la gran mayoría el surf es una aventura entre amigos”.

En *Años salvajes*, Finnegan muestra la belleza del mar a quien nunca la ha experimentado así. Crea el deseo de ir adonde las olas rompen. ¿Se puede hacer realidad ese sueño o hay que guardarlo como algo literario? “Recomiendo dejar el surf como algo literario a no ser que seas un chico que pasa mucho tiempo en el mar, lo ama y encuentra irresistible surcarlo. Es un pasatiempo peligroso, no tanto física como moralmente, puede quitarte el control de tu vida y hacer casi imposible cualquier otra cosa”.



El periodista William Finnegan, en una de las miles de olas que ha surfado.

### EXTRAVÍOS

Francisco Calvo Serraller

## Errante

La metáfora wagneriana del mar es la encarnación de la fragilidad humana

En exhibición actualmente en el Teatro Real de Madrid, con una versión impecable en todos los sentidos, *El holandés errante*, la primera ópera genuina de Richard Wagner (1813-1883), estrenada en Dresde a comienzos de 1843, es uno de los hondos gritos artísticos donde se escenifica la segura caída e hipotética redención del hombre contemporáneo. En *Mi vida*, una autobiografía dictada por Wagner a salto de mata, el genial artista romántico evocaba los avatares de una accidentada travesía en un pequeño velero, *Thetis*, desde Prusia a Londres, como primer angustioso atisbo o cebo musical de lo que sería esta ópera, cuando la embarcación en peligro se refugió en un fiordo noruego y el eco de las cadenciosas voces de la marinería al rebotar sobre los ingentes acantilados del estrecho lugar le produjeron una hedonista relajación. Es importante esta anecdótica remembranza porque emplaza la inspiración en una vivencia sublime del indómito mar, cuya imprevisible furia

maremótica puede destrozarse todavía hoy todas nuestras inexpugnables barreras construidas al efecto.

Ciertamente, las fuerzas ctónicas y acuáticas del planeta que habitamos nos siguen desafiando, entre otras incontables amenazas latentes de nuestro ecosistema, pero el oceánico mar conjurado por Wagner es de una minúscula ridiculez comparado con el que afronta la actual cosmología de errancia infinita entre las estrellas. En este sentido, la metáfora wagneriana del mar es la encarnación de nuestra fragilidad frente al aplastante poder monstruoso de lo que hay desconocido dentro y fuera de nosotros, el cual crece exponencialmente a cada pequeño descubrimiento humano.

En 1819, el pintor francés Théodore Géricault terminó *La balsa de la medusa*, en la que se apiñaban los supervivientes del naufragio de la fragata colonizadora; en 1823-1824, el pintor alemán Caspar David Friedrich hizo lo propio con el más

fantasmalmente desolado *El naufragio del Esperanza*, atrapado entre los hielos y, en 1842, el pintor británico William Turner ejecutó el patéticamente casi abstracto *Tormenta de nieve en alta mar*. Otros tres sendos gritos de los errores de la humana errancia en pos de la muerte.

Lo maravilloso de *El holandés errante* de Wagner es la hilazón melodiosa ininterrompida de esta divagación del hombre reinventándose de continuo. (¿Qué acierto —dicho sea de paso—, el de los responsables de esta coproducción, el haberla resuelto en un solo acto!).

Pero es aún más fascinante el planteamiento de su redención: que es el de abandonarse al fluir erótico en el océano de su inmarcesible cosmos hogareño, librándose así del marco o cáscara diminutos de su acotada identidad comercial. Porque, como lo apuntara Miguel Hernández, en unos famosos versos: “Fatiga tanto... vivir en la ciudad de un puerto / si el corazón de barcos no se llena”.